

---

CARLOS MARTÍN BERISTAIN  
GALO BILBAO ALBERDI  
JULIÁN IBÁÑEZ DE OPACUA

## ONDAS EN EL AGUA

Un análisis de la experiencia Glenree

Prefacios de  
Rafael Grasa y Txema Urkijo



INSTITUT  
CATALÀ  
INTERNACIONAL

PER LA PAU

#15

Este libro se ha editado en PDF y en formato ePub siguiendo criterios de sostenibilidad.

Los libros de la colección «Eines de Pau, Seguretat i Justícia» quieren ser antes que nada un apoyo útil para las personas que, con distintos grados de implicación, se sienten comprometidas con el trabajo por la paz. Con esta colección queremos poner al alcance del público libros breves, claros y prácticos, que proporcionen tanto una visión crítica de las relaciones internacionales y los conflictos del mundo actual como orientación y guía para el activismo en favor de la paz y la justicia. Un reto que queremos afrontar poniendo en manos de los lectores y lectoras las traducciones de obras de reconocida calidad y también de producción propia.

Esta colección está codirigida por Tica Font, Rafael Grasa y Elena Grau.

© Carlos Martín Beristain, Galo Bilbao Alberdi, Julián Ibáñez de Opacua, 2015

© Rafael Grasa, por el prefacio

© Txema Urkijo, por el prefacio

© Institut Català Internacional per la Pau, 2015

Autores: Carlos Martín Beristain, Galo Bilbao Alberdi, Julián Ibáñez de Opacua

Diseño gráfico: Arianne Faber

Maquetación: Arianne Faber

Realización editorial: líniazero edicions

Colección «Eines de Pau, Seguretat i Justícia»

Institut Català Internacional per la Pau

c. Tapineria, 10, 3ª planta

08002 Barcelona

[www.icip.cat](http://www.icip.cat)

Depósito legal: B 19052-2015

Esta obra se publica bajo una licencia de Reconocimiento-NoComercial\_SinObraDerivada 2.5 España de Creative Commons según se indica en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>. Se permite la copia, distribución y reproducción de esta obra siempre que sea sin ánimo de lucro, se acredite su autoría y se mantenga la nota de licencia.

**Los autores** de *Ondas en el agua* son los integrantes del equipo dinamizador de la experiencia Glencree. Carlos Martín Beristain es médico con gran experiencia en el trabajo con víctimas en conflictos violentos en diversos países de América Latina y África; Galo Bilbao, profesor de ética de la Universidad de Deusto, tiene un largo recorrido en la reflexión teórica sobre las víctimas del terrorismo y de la violencia política; y Julián Ibáñez de Opacua cuenta con una dilatada experiencia profesional como psicólogo.

Para las víctimas que participaron en Glencree  
y lo hicieron posible.

Para quienes quieran dejarse tocar por esta experiencia.

## SUMARIO

Prefacio de Rafael Grasa	10	Conflictos y reconocimientos en el proceso grupal	62
Prefacio de Txema Urkijo	16	Evitar la transmisión del odio	63
Introducción	22	Evoluciones personales e influencia grupal	64
1. Las condiciones que facilitaron la iniciativa Glencree	26	Abordar la cuestión de la tortura y amenazas	66
De la idea a la acción	27	Debate sobre el reconocimiento	69
El cuidado del proceso	29	El camino de vuelta	72
Protección de la experiencia	30	Los otros tiempos: cómo mantener el proceso	73
La importancia del diseño	31	El papel del equipo dinamizador y la facilitación del proceso	75
Las víctimas participantes	33	Acuerdos y tensiones finales: urgencias y resultados	79
Promover un contexto favorable	35	La preparación de la salida y la transmisión social	81
Superar la incertidumbre	36	La difusión de la experiencia: pedagogía y extensión	83
2. Tipo de grupos y metodología	38	Algunas conclusiones	84
Grupos, integración y memoria compartida	38	4. Aprendizajes para la convivencia	86
La dimensión «dentro-fuera»	41	Conclusión	91
El papel de la metodología	42	Anexos	92
3. La valoración del proceso de grupo	53	Anexo 1. Criterios guía para la facilitación de la experiencia Glencree en relación a la actitud hacia las personas participantes	92
El punto de partida: el poder de la experiencia	53	Anexo 2. Documento leído en el acto público de presentación de la experiencia Glencree en Donostia el 16 de junio de 2012	94
Crítica a la utilización política y a la minimización del sufrimiento	54	Anexo 3. Iniciativa Glencree: nuestra experiencia compartida	102
Superar la narrativa y el control del propio grupo	54		
Un granito de arena	55		
La búsqueda de un lenguaje en el que reconocerse	56		
El debate sobre la identidad y concepto de víctima	58		
De la empatía a la acción: el asunto de los «lados»	60		

## Prefacio

¡QUE FLOREZCAN MILES DE GLENCREES!

El papel del encuentro entre víctimas de diferentes perpetradores en el proceso de reconciliación

La decisión de publicar desde el ICIP *Ondas en el agua. Un análisis de la experiencia Glencree* no se debe solo a la enorme calidad de la experiencia y a su análisis reflexivo, es decir, al valor del texto en sí mismo. Ni tampoco al hecho de que sigue siendo útil y necesario difundir las excelentes experiencias e innovaciones que en la resolución y transformación de conflictos se han dado durante las últimas fases del conflicto violento directo en Euskadi: la creación de movimientos sociales y formas de acción colectiva integradoras; el uso de la «mediación interna» en grupos afines a la izquierda abertzale; o, como en el caso que nos ocupa, las diversas iniciativas de reconciliación y, en particular, de encuentros entre víctimas de diferentes perpetradores, algo que suele menudear, orientados a tratar los impactos que deja el recurso a la violencia directa.

Se debe, adicionalmente, al valor heurístico y pedagógico de la experiencia, a su capacidad de servir como catalizador para generar muchas otras experiencias en contextos bien diferentes, en particular en países y comunidades que están en el camino de la post-violencia. Es decir, el camino hacia las tres R (resolución, reconstrucción y reconciliación) que marcan la agenda a medio y largo plazo –intergeneracional– de las sociedades que se enfrentan a los resultados de años o décadas de violencias, la directa, la violencia de las estructuras y la violencia simbólica o cultural. Toda experiencia ajena puede convertirse en el catalizador de nuevas

experiencias, si te conmueve y motiva cuando la conoces, y se aprehende lo que la caracteriza y es reproducible más allá de su contexto de surgimiento. Eso es justamente lo que explica Txema Urquijo en su texto, en el que relata cómo la visita al centro de resolución de conflictos de Glencree y el conocimiento de los encuentros entre víctimas de diferentes perpetradores, entre otros tipos de encuentros, le dejó el germen de una idea que acabó convirtiéndose en realidad: este tipo de encuentros son posibles, necesarios, realizables incluso cuando las violencias están aún presentes, y, sobre todo, son útiles para el reconocimiento, la reparación y la reconciliación, pues se centran en la reconstrucción de las relaciones sociales de las personas más vulnerables y sufrientes, las víctimas.

Así, pues, la decisión del ICIP de publicar este texto se debe no solo al interés intrínseco de las experiencias Glencree aquí recogidas y sistematizadas, sino a otro propósito: intentar que florezcan cientos de Glencrees, o miles, como decía la vieja consigna de la revolución cultural china. En suma, que el texto sea una guía para buscar caminos, siempre específicos e irrepetibles de forma global, que sirvan para entender la reconciliación como un proceso en el que una sociedad transita de un pasado dividido y divisor a un futuro compartido y respetuoso con las diferencias. Dicho de otra forma, esperamos que sea capaz de fomentar experiencias de reconciliación, en particular en los niveles meso y micro de la sociedad.

Algunas de las ideas al respecto han surgido, lo confieso, en el contexto del trabajo del ICIP en la sociedad colombiana, plétora de buenas experiencias de construcción de paz realizadas durante la persistencia de la violencia directa y del conflicto armado. Veamos cuáles.

Primero, es preciso acercarse a la reconciliación, aceptando que es parte del proceso de construcción de paz y de transformación de los conflictos, es decir, una de las tres R o tareas básicas. Conviene entender, pues, la reconciliación como parte de un proceso más amplio para el conjunto de la sociedad, que implica reconstruir progresivamente y a mejor, si se puede, lo que dañaron las fases violentas del conflicto, y resolver de

manera mutuamente aceptable –siempre temporal, necesitada de ajustes y reacomodos periódicos– los motivos de la incompatibilidad.

Segundo, debemos entender que la reconciliación, como tercera tarea, parte de la aceptación de que lo que se ha dado en llamar *post-conflicto* no existe. O, si se prefiere y como dijo hace años John Paul Lederach, es un oxímoron, una figura retórica que complementa un término (*conflicto*), con otro (*post*) que tiene un significado opuesto. Dicho de otra forma, el conflicto, entendido como disputa o antagonismo entre partes que creen tener objetivos incompatibles respecto de algo o alguien, no va a desaparecer cuando finalicen los combates y la violencia directa. Simplemente, poco a poco se gestionará o manejará mediante procedimientos pacíficos (negociación, mediación, política, etc.).

El conflicto y la necesidad de gestionarlo de manera no violenta nos acompañará constantemente y especialmente en los primeros años después del acuerdo, cuando, en clave comparada, proliferan contenciosos y conflictos sin conductas violentas en las sociedades que están construyendo la paz. Y para ello es clave el enfoque de transformación de conflictos, que aspira no solo a resolver el motivo de incompatibilidad, sino a cambiar las relaciones sociales entre las partes, es decir, la violencia de las estructuras y la violencia simbólica que legitima el recurso a la violencia directa. Y justamente ahí, en la mejora y transformación de las relaciones sociales, las experiencias micro y meso de reconciliación, difundidas sin violentar nunca el derecho a la intimidad de sus protagonistas, pueden desempeñar un papel fundamental para los directamente afectados, los que participan en las experiencias, pero también para el conjunto de la sociedad.

Tercero, hay que dejar de lado las polémicas sobre la definición de la reconciliación, o al menos dejarlas para los obsesivos –entre los que me incluyo en la esfera académica– de la terminología precisa, de fijar campos semánticos, puesto que también hacemos con palabras. Lo cierto es que la reconciliación es a la vez un proceso largo y un resultado y, en ambos casos, incluye dimensiones múltiples, sociales, políticas, psico-

lógicas, grupales e incluso terapéuticas. Y, en tanto que proceso y resultado, incluye diferentes niveles, desde el individual e interpersonal (dimensión micro), a los niveles meso (grupales, intergrupales, comunitarios) y los macro (intercomunitarios, societales, intersociales...). Aceptemos, pragmáticamente, que es un concepto paraguas que agrupa diversas cosas. Eso sí, en cada caso, intentemos precisar qué resultados, qué objetivos, se buscan,

Cuarto, en la práctica, la reconciliación incluye mucho procesos: la creación de marcos y estructuras para las relaciones, la creación de confianza, el diálogo, el reconocimiento, la reparación y reparaciones, la construcción de verdades y de narrativas polifónicas, la elaboración de coexistencia y de aceptación del «otro», el acceso a la justicia retributiva o restauradora, etcétera.

Quinto, evitemos siempre que en las iniciativas de reconciliación se cargue el peso sobre las víctimas, que se les pida más de lo que pueden dar. Es cierto que, en clave de experiencias comparadas, la generosidad de las víctimas suele ser mucho mayor que la del conjunto de la sociedad que intenta construir un futuro compartido y respetuoso con las diferencias tras el conflicto armado, pero eso no quiere decir que se les deba imponer la responsabilidad de ser el motor de reconciliación. Ni menos aún que se les pretenda imponer el olvido o el perdón. En ambos casos se trata de experiencias individuales, vinculadas a procesos y decisiones subjetivas. No hay reglas fijas ni se puede obviar, como deja claro el texto, la voluntariedad de toda experiencia directa de reconciliación entre víctimas, en este caso de diferentes perpetradores, y la necesidad de realizarla con acompañamiento, con apoyo técnico y emocional, con profesionalidad y calma.

Sexto, recordemos, por último, que la reconciliación es un proceso largo, en algunas de sus dimensiones inevitablemente intergeneracional, y que debe combinar iniciativas y marcos de trabajo generales (leyes, estructuras institucionales para enmarcarlas, fondos nacionales para las experiencias, etc.) con, sobre todo, enfoques de «abajo hacia arriba», que

partan de la base. Las sociedades y las comunidades no se reconcilian si no lo hacen las personas, grupos y comunidades que las componen. En este caso, no hay todo sin partes. Los acuerdos y compromisos negociados pueden, y deben, fomentar la creación de soluciones que permitan controlar la violencia directa, potenciar la gestión positiva de los conflictos, pero para ello es necesario que progrese la reconciliación, es decir, que vuelva a ser posible la relación entre las personas y grupos que van a poner en marcha esas soluciones.

En suma, si queremos que haya ondas en el agua que vayan ampliando constantemente sus círculos concéntricos, si queremos que fructifiquen experiencias de reconciliación, Glencrees diversos, debemos recordar que las ondas no surgen sin más. Necesitan una fuerza impulsora. Y en el caso de la construcción de la paz, esa fuerza es siempre humana y en ella la relación entre víctimas, sea cual sea el origen de la violencia que sufrieron y pese a que se trate de diferentes perpetradores, tendrá siempre un papel fundamental.

¡Que florezcan miles de Glencrees!

Barcelona, abril de 2015

RAFAEL GRASA

Presidente del ICIP y coordinador del programa «Construcción de paz estratégica, seguridad humana y transformación de conflictos».

## Prefacio

Un viaje a Irlanda del Norte en diciembre de 2006 para conocer aquella realidad de conflicto post violento nos permitió visitar el centro de resolución de conflictos de Glenree, situado en los montes de Wicklow, en las proximidades de Dublín. Allí pudimos conocer la existencia de experiencias de encuentros de trabajo entre ex presos de organizaciones que habían practicado la violencia y víctimas de sus acciones, así como otro tipo de dinámicas de trabajo con personas afectadas por lo que ellos denominan *troubles*.

Aquella visita nos dejó el germen de una idea: las experiencias de encuentros y diálogo entre sujetos, activos y pasivos, de la violencia política, no solamente son posibles, sino que resultan muy recomendables si se quiere trabajar por la convivencia y la reconciliación del futuro. Nos convencimos de que no hay por qué esperar a que llegue la paz para iniciar la reconstrucción de las relaciones sociales quebradas por la violencia.

Al mismo tiempo, en los dos últimos años desde el Gobierno vasco veníamos trabajando muy intensamente en el proceso de reconocimiento y reparación de las que, para nosotros, eran las grandes olvidadas de la sociedad vasca, las víctimas de ETA. En abril de 2007 habíamos organizado un gran acto institucional de homenaje y reconocimiento, con la presencia de las más altas autoridades del país y presencia de instituciones públicas y privadas. Sin embargo, éramos conscientes de que había otros destinatarios necesarios de la acción de reconocimiento y reparación moral que no se sentían concernidos por nuestros actos, como eran las víctimas del terrorismo de extrema derecha y parapolicial y, más adelante, las víctimas de la violencia policial.

¿Qué unía y qué diferenciaba ambas tipologías de víctimas? ¿Qué significaba para cada grupo el concepto de víctima? ¿Podían compartir reivindicaciones e incluso espacios comunes? Estas cuestiones pasaron a formar parte importante de nuestra reflexión.

La conjunción de todos estos factores fortaleció una intuición: poner en marcha una experiencia de encuentro entre víctimas de ETA y víctimas del terrorismo de extrema derecha y parapolicial había de ser una iniciativa de gran provecho no solo para el trabajo futuro de la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco, sino también para ahondar en los cimientos de la imprescindible reconstrucción de relaciones sociales que, un día, finalizada la violencia, habría de aflorar en primer plano.

Fue así, con tanta convicción en la idea del encuentro como dudas respecto a la forma de su materialización, como paradójicamente nació ese empeño que llegó a denominarse *Experiencia Glenree*.

Desde el primer momento tuvimos claras algunas cuestiones: que el proceso debía ser impulsado por nosotros, el equipo que gestionaba la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco; que debíamos contar con un equipo de personas competentes que desarrollara el proyecto y lo ejecutara más adelante; que dicho equipo debía ser de nuestra absoluta confianza; y que todo el proceso debía desarrollarse en el más absoluto secreto, dada la presión insoportable que su publicitación supondría para sus participantes y, por tanto, para la propia experiencia.

Por ello, nuestra primera tarea consistió en la conformación del equipo de profesionales que desarrollara la idea sobre el papel y que se prestara después a asumir la dirección de su ejecución. Confieso que no sé si pensamos antes en los perfiles profesionales o en las personas concretas, pero, sea como fuere, no tuvimos ninguna duda en cuanto a los dos primeros componentes del equipo, que cumplían claramente con los requisitos que deseábamos: Galo Bilbao era un reputado profesor de ética de la Universidad de Deusto, con mucho recorrido en la reflexión teórica sobre las víctimas del terrorismo y de la violencia política. Por su parte,



Carlos Martín Beristain acumulaba tras de sí un importante bagaje de experiencia práctica en el trabajo con víctimas en otros conflictos violentos tanto de Latinoamérica como de África.

Conocíamos a ambos personalmente y había no solo una excelente impresión personal, sino también una sintonía más que suficiente en torno a la defensa radical de los derechos humanos. Uno apuntalaba la parte teórica, mientras que el otro aportaba experiencia práctica. La cosa pintaba bien, pero queríamos un equipo de tres y entonces sí pensamos en el perfil necesario, antes que en la persona. Necesitábamos un psicólogo, alguien con capacidad para la intervención en caso de que fuera necesario, previendo situaciones difíciles y complicadas.

Ahí llegó una recomendación a tiempo y tuvimos la suerte de conocer a quien fue el tercer integrante del que rápidamente se autodenominó *equipo dinamizador*: Julián Ibáñez de Opacua, psicólogo de diván –él me perdonará– y, como los otros dos, gran profesional y mejor persona.

Todos ellos aceptaron la encomienda sin dudas ni dilaciones, conscientes de asumir y afrontar algo realmente revolucionario en un contexto tan plano y polarizado como el que se vivía en aquellos momentos en Euskadi. Juntos, equipo dinamizador y Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo, con gran ilusión y responsabilidad y no pocas incertidumbres, dimos luz al proyecto y alumbramos su puesta en marcha, con el primer grupo de diez víctimas, en diciembre de 2007.

El aeropuerto de Loiu fue testigo del encuentro, tenso aún, de todas las personas que componíamos aquella expedición. Ni en nuestros mejores sueños habríamos llegado a imaginar entonces que esa experiencia que echaba a andar llegaría cinco años después a ofrecer a la sociedad vasca el mensaje gráfico y literal que dieron sus integrantes en Donostia, con su presentación pública en junio de 2012.

El potencial pedagógico de la iniciativa sigue estando ahí. Es una auténtica clave de bóveda para la mejora de la convivencia y la reconstrucción de relaciones sociales no solo en Euskadi, sino, me atrevo a decir, en cualquier sociedad fracturada a consecuencia de la violencia política.

Nadie podrá privarnos jamás, a Maixabel Lasa, a Jaime Arrese y a mí, equipo gestor de la Dirección de Atención a las Víctimas del Gobierno vasco, del inmenso orgullo y satisfacción que supuso haber impulsado la iniciativa Glencree, a partir de una simple pero atinada intuición que se completó con el acierto rotundo a la hora de elegir a las personas que hicieron posible la experiencia: los tres miembros del equipo dinamizador, autores del presente libro. Sin duda, el agradecimiento ha de completarse con la imprescindible referencia a todas y cada una de las personas, víctimas de la violencia de intencionalidad política, que tomaron parte en el proceso, cuya valentía y generosidad resultaron determinantes en el éxito del mismo.

Solo por esto, mereció, y mucho, la pena estar en la política pública.

Laudio-Llodio, 7 de abril de 2015

TXEMA URKIJIO

Asesor en mediación y cultura de paz.

Ex coordinador de la política de víctimas del Gobierno vasco

---

*Quedamos en el aeropuerto. Cada quien viene de un lado de este pequeño país y sus fracturas, cada quien es víctima de diferentes lados de esta violencia política, del terror y el estigma, de la impunidad o con muy distintas respuestas de la justicia y el reconocimiento. Me pregunto quién será esta persona, de qué lado, antes de saber que todos nos hacemos la misma pregunta. La estrategia que tenemos para superar la inseguridad es poner a alguien en un lugar que entre en tus esquemas. Con ese abrigo, será... Con ese libro, será... Con esa conversación sobre la vida será... Los estereotipos aparecen justo para darte cuenta de que tienen que empezar a romperse. Que no nos vea nadie, como si el deseo de proteger la iniciativa fuera un paraguas invisible. Aún no sabemos qué irá a pasar. ¿Habrá silencio en el viaje? ¿Cómo será la primera conversación? ¿Tensión en la reunión? ¿Qué pasa si alguien se levanta y se va? ¿Si se quiebra? ¿Si no quiere seguir? ¿Si tomamos este proceso entre las manos y se nos va? Y, sin embargo, también echamos mano de las certezas.*

## Introducción

En junio de 2012, un grupo de cerca de treinta víctimas de ETA, GAL, BVE<sup>1</sup> y fuerzas de seguridad del Estado (FSE) de diferentes épocas, que habían estado reuniéndose en los últimos cinco años, se presentó públicamente en una rueda de prensa ante los medios de comunicación y la sociedad. Poco antes de empezar, uno de los periodistas asistentes nos dijo: «esto es algo insólito». La extrañeza de una realidad en la que no nos reconocíamos fue también en buena parte el origen de la experiencia, lo que motivó a muchas personas a participar en un encuentro entre diferentes sobre unas bases éticas de respeto. En estas páginas se da cuenta de esa experiencia como una contribución a la reconstrucción de la convivencia en nuestra sociedad. El nombre de Glencree fue tomado del lugar donde se iniciaron estos encuentros, en Irlanda.

La experiencia Glencree nació como una iniciativa orientada a la exploración, en encuentros grupales e interpersonales, de la posibilidad de un diálogo constructivo entre víctimas de diferente signo sobre los aspectos relativos a una política de víctimas en el País Vasco. La idea inicial fue gestada por el equipo de la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco (DAV): Maixabel Lasa, Txema Urkijo y Jaime Arrese. Se desarrolló durante un lustro, entre 2007 y 2012, y consistió, por nuestra parte, en acompañar a un grupo de casi una treintena de víctimas del terrorismo de ETA, del terrorismo de grupos parapoliciales y de extrema derecha (GAL, BVE, GAE<sup>2</sup>...) y de las violaciones de

derechos humanos a cargo de las fuerzas de seguridad (muertes en controles y manifestaciones, torturas, etc.), es decir, víctimas de diferentes perpetradores, y con diferentes ideologías o posiciones políticas.

En esta experiencia, a partir de la narración de la victimación sufrida, se llegó al reconocimiento mutuo entre estas personas como víctimas y se superaron distancias, prejuicios ideológicos, concepciones erróneas. Esto permitió un trabajo conjunto que, sin negar las diferencias, ofrece, por un lado, un relato común de lo vivido y, por otro, un mensaje positivo y constructivo a la sociedad vasca. En los anexos se muestra el documento que se hizo público al finalizar la experiencia Glencree, donde se incluyen los nombres de las víctimas que participaron, que dan sentido y muestran la profundidad de la experiencia (anexo 2), así como el relato de la experiencia realizado por las víctimas que participaron sobre su proceso personal y colectivo (anexo 3).

Hay que tener en cuenta el contexto en el que se dio esta experiencia. Entre 2007 y 2012, el tiempo en que se desarrolló la iniciativa, en Euskadi se seguía viviendo una situación de violencia y fuerte polarización social. Además del impacto sufrido anteriormente, durante el período de trabajo del grupo, ETA cometió nuevos atentados y hubo denuncias de torturas, amenazas a personas y procesos judiciales contra grupos políticos. En octubre de 2011 se dio el esperado anuncio del fin de ETA, lo que ayudó a generar un mejor clima social que hizo posible salir públicamente a contar nuestra experiencia.

Cuando aceptamos la tarea de diseñar y facilitar el desarrollo de la experiencia Glencree no pensábamos que el proceso iba a llevar a sucesivos encuentros y experiencias, ni que el resultado final fuera a ser tan positivo. En este documento miramos hacia atrás e intentamos reflexionar sobre qué lo hizo posible, sobre lo que funcionó y por qué. No pretendemos dar a entender que la experiencia estaba pensada desde el principio tal y como se desarrolló, ni que en todo momento tuviéramos los factores determinantes bajo control. Fuimos trabajando, pensando, cambiando y volviendo a trabajar. El análisis que exponemos también incluye aspectos

1. Euskadi Ta Askatasuna (ETA), Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), Batallón Vasco Español (BVE).

2. Grupos Armados Españoles (GAE).

que en su momento nos pasaron desapercibidos y que solo el paso del tiempo les ha otorgado la relevancia que merecen. Se trata de una reflexión subjetiva, basada en muchas horas en las que hemos compartido ideas e impresiones entre nosotros, pero en las que también hemos escuchado, observado y compartido con los participantes de la experiencia.

En la primera parte indicamos algunos de los factores que creemos que fueron relevantes de cara a que el proceso diera unos resultados tan positivos. Reflexionaremos sobre el contexto en el que comenzó la experiencia, sobre las condiciones implícitas y explícitas que fuimos elaborando en su diseño y realización, las características humanas que creemos que estuvieron presentes en los participantes, así como sobre los aspectos principales del cuidado al proceso que intentamos implementar.

La segunda parte recoge una valoración en profundidad de los pasos que se fueron dando. A medida que se sucedían los encuentros y tomaba forma la experiencia, se hicieron patentes ciertas dinámicas grupales e individuales que están detalladas en el texto.

Finalmente intentamos resumir lo que consideramos que fueron auténticos aprendizajes para la convivencia, y que abren la posibilidad de plantearnos con optimismo realista un futuro en común para nuestra sociedad.

## 1. Las condiciones que facilitaron la iniciativa Glencree

El comienzo de la experiencia hay que situarlo en un contexto en el que la práctica de la política en el País Vasco estaba dominada por la polarización y el enquistamiento. Aun así, y quizás como reacción frente a ello, se habían producido movimientos e iniciativas desde la sociedad civil encaminados a introducir un posicionamiento ante la violencia y sus consecuencias basados en el respeto a los derechos humanos. Se trataba de un momento en que las víctimas del terrorismo, sobre todo las de ETA, agrupadas en distintas asociaciones, tenían cada vez una mayor presencia pública y mediática, que no se escapaba del clima general de enfrentamiento polarizado.

En el País Vasco, el reconocimiento a los derechos de las víctimas se materializaba, entre otras cosas, en la creación de la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo (DAV), que inicia un trabajo exhaustivo de contacto, información, asesoramiento y defensa de los derechos legales y morales de las víctimas del terrorismo consideradas en la ley. Hay que tener en cuenta que estas medidas se habían ido poniendo en marcha por parte de dos gobiernos con diferente color político.<sup>3</sup>

3. La experiencia comenzó en el periodo de gobierno de Juan José Ibarretxe y continuó durante el gobierno de Patxi López. En ambos periodos la izquierda abertzale no tenía representación en el Parlamento vasco debido a la ilegalización de varias coaliciones políticas, salvo por la presencia de Aralar.

### De la idea a la acción

En el transcurrir de su tarea política, la DAV se plantea en un momento dado la idea de «un encuentro entre víctimas del terrorismo de distinto signo», que culmina en la iniciativa Glencree. Cuando se nos plantea esta posibilidad a quienes nos invitaron a facilitar este proceso, también se nos pregunta si lo consideramos factible, si estábamos dispuestos a desarrollarlo y se delega en el equipo dinamizador la manera, las condiciones y las propuestas sobre cómo llevarlo a cabo.

Nos encontramos por tanto con un primer factor facilitador: se trataba de una iniciativa promovida, financiada y apoyada incondicionalmente por un organismo público, pero como un espacio al margen de la política «oficial», con el compromiso de no publicitarla ni utilizarla políticamente. Este hecho tuvo dos facetas. Por una parte, otorgó a la experiencia un respaldo institucional que, a pesar de generar también dudas, poco a poco se convirtió en un elemento de solidez y continuidad. A su vez, sobre todo al comienzo, este mismo hecho provocó no pocos recelos a los participantes: algunos consideraron que podía haber motivaciones «políticas», otros que podía ser solamente un «lavado de cara» de los políticos, o que sería utilizado electoralmente, que se iba a usar y manipular a las víctimas participantes en el encuentro. El hecho de que todos estos temores no se hicieran realidad fue un factor fundamental que muestra el buen desarrollo del proyecto.

Por otra parte, las personas que dirigían la DAV tenían unas características que hay que tener en cuenta: dos de ellas eran víctimas de ETA y Comandos Autónomos, y la otra provenía del entorno de los movimientos sociales de defensa de los derechos humanos. Más importante que todo esto fue, sin duda, el trabajo previo que la DAV había realizado antes de lanzar la experiencia Glencree. De ella se podrían destacar varias cosas, pero sobre todo el haber iniciado contactos individualizados con todas las víctimas del terrorismo, con quienes quisie-

ron tener entrevistas personales y un conocimiento directo, sin que esta labor tuviera la menor repercusión pública; también es cierto que, en la práctica, tenían mayor relación con las víctimas de ETA que con las de los GAL, BVE y otros grupos. También se inició la organización de los actos oficiales en memoria de las víctimas, en los que se visualiza de manera muy intensa toda su tragedia y se inicia un largo proceso de reconocimiento por parte de las instituciones. Además, se iniciaba un desarrollo legislativo serio en cuanto a reconocimiento y compensación, y se planteaba una voluntad de ampliarlo a todas las víctimas de vulneración de derechos humanos, lo que constituía un horizonte favorable a la iniciativa Glen Cree. Todo lo anterior no supone en absoluto que el trabajo de la DAV no fuera criticado a lo largo de la experiencia. Sin embargo, de cara a poner en marcha el proyecto, la labor de la DAV fue fundamental, ya que de ellos partía el primer contacto con los posibles integrantes de los grupos. Y el hecho de que hubiera personas dispuestas a realizar el encuentro no se puede desligar de todo el trabajo previo que la DAV había generado.

La iniciativa Glen Cree se concibe y comienza como un experimento, una experiencia que se intuye importante, pero cuyo desarrollo es incierto. Nosotros, Carlos, Galo y Julián, que nos autodenominamos *equipo dinamizador*, diseñamos una programación inicial que se puso en práctica por primera vez en diciembre de 2007 en el primer encuentro entre víctimas en Glen Cree (Irlanda). Aunque en sus cinco años de duración se alcanzaron a disipar muchas de las dudas iniciales, de alguna manera el trabajo de los grupos estuvo marcado siempre por la cualidad de algo que está sometido a prueba constantemente. Se mantienen, a lo largo de la misma, una serie de líneas actitudinales muy importantes. Vamos aprendiendo continuamente de la experiencia, de lo que va ocurriendo en los distintos encuentros entre participantes, lo que nos hace estar revisando y cambiando nuestros supuestos. No existen certezas iniciales, ni hipótesis a corroborar, ni protocolos a seguir. Esta experiencia enseña, asimismo, que las cosas solo se dan si la gente las hace posibles.

Éramos muy conscientes de las dificultades que entrañaba el encuentro entre partes diferentes en un contexto sociopolítico tan agriado, y de las limitaciones de todo tipo que rodeaban nuestra tarea. La modestia de nuestros objetivos, así como la flexibilidad y la apertura metodológica, fueron necesidades impuestas por el contexto y las características de nuestra labor, y acabaron convirtiéndose en factores que apuntalaron el buen discurrir de la experiencia.

### El cuidado del proceso

El equipo dinamizador tenía que cuidar el proceso. Carlos a menudo nos comparaba con una partera: está ahí, empuja un poco, anima, consuela, tranquiliza, su presencia es testigo y está preparada por si algo se tuerce gravemente. Parece correcto afirmar que fue importante el hecho de que las tres personas que constituimos el equipo dinamizador fuéramos profesionales independientes, sin vinculación a la política de los partidos, y muy poco o nada conocidos a través de los medios de comunicación. Se nos ocurren dos consecuencias de lo anterior: por una parte, el grupo de víctimas no nos asociaba a ninguna opción política concreta, lo que dio una cierta base para presentar el proyecto a los participantes como algo independiente y alejado de la lucha partidista; por otra, nosotros mismos nos sentíamos libres de esa presión y pudimos introducir en el proyecto aquellos aspectos de nuestra práctica profesional que creímos que serían útiles. Se priorizaron, por tanto, aspectos metodológicos y humanos sobre cualquier otro interés, surgidos de los campos del trabajo en derechos humanos y procesos de paz y reconciliación, de la ética y de la psicología.

Creímos que la composición del grupo debía atender a criterios de equilibrio y representatividad. Equilibrio, dado que el proceso tenía que poner condiciones similares para el diálogo: igual número de víctimas de ETA, por una parte, y de otros grupos (GAL, BVE), por otra. Representatividad, porque lo que se pudiera hacer dependía de la interacción

realista y entre diferentes que se diera entre las víctimas. Así, se tuvo en cuenta la presencia de hombres y de mujeres; de residentes en el País Vasco y de fuera del País Vasco; y, a medida que la experiencia se fue asentando, también la amplitud en cuanto a las distintas vulneraciones de derechos humanos representadas. Consideramos, además, que teníamos que preservar una serie de principios básicos para garantizar el desarrollo del proyecto. Estos principios eran la inclusión, la no discriminación, la diferenciación o especificidad, el protagonismo, la autonomía, la autenticidad, el respeto y la confidencialidad. Mantener estos principios a lo largo de todo el proceso era fundamental, como se explica en el anexo 1.

### Protección de la experiencia

La protección del proceso se realizó atendiendo a una serie de líneas de referencia: el protagonismo del grupo de participantes, la confidencialidad, el establecimiento de vínculos personales entre todos nosotros, así como el otorgarnos un tiempo suficiente y un ritmo adecuado. Intentamos siempre ir detrás del grupo, es decir, adaptar objetivos y procedimientos a lo que planteaban los participantes en la experiencia. Por poner un ejemplo: en un principio pensamos que, después del viaje a Irlanda, sería buena idea crear pequeños grupos de trabajo que pudieran reunirse periódicamente a lo largo del año, y luego reunirnos a modo de plenario para discutir lo trabajado. Descartamos esta idea en cuanto nos dimos cuenta de que no sería posible por el enorme esfuerzo que supondría, y porque podía contribuir a acelerar artificialmente un proceso que necesitaba de un ritmo más pausado. Otro ejemplo muestra cómo se intentó siempre escuchar al grupo para planificar la continuación de la experiencia: el primer grupo que acudió a Glenree apuntó la necesidad de contar con más personas para crear un grupo mayor y de ahí que al año siguiente se repitiera la experiencia con un segundo grupo. Posteriormente se planteó la importancia de ampliar el trabajo a otros tipos

de víctimas; eso hizo que nos pusiéramos a trabajar para crear el tercer grupo, esta vez con una composición que acogiera a víctimas de persecución de ETA y aquellas que habían sufrido torturas y muertes cometidas por fuerzas policiales. El grupo señalaba el camino e intentábamos seguirlo con el máximo respeto.

En cuanto al desarrollo de la experiencia en sí misma, se decidió que debería tener en cuenta entornos de máxima discreción. Se trataba de no publicitar ni hablar indiscriminadamente de la misma y de encontrar lugares que proporcionaran un cierto aislamiento. Se mantuvo asimismo un exquisito respeto en cuanto al citado cuasi secretismo del trabajo que se iba realizando. Nada de lo que se ha logrado habría sido posible si el proceso no se hubiera «blindado», relativamente, con respecto al entorno que nos rodeaba. Lo que ocurría a nuestro alrededor —elecciones, atentados, procesos judiciales, declaraciones públicas de unos y otros— afectaba a los miembros de Glenree y, de hecho, se hablaba de ello. Sin embargo, aun reconociendo que no era posible aislarnos de todo, se logró desarrollar un modo de trabajo que se mantuviera, en cuanto a sus objetivos y a sus principios de funcionamiento, al margen de estas vicisitudes.

### La importancia del diseño

A la hora de realizar los encuentros se tuvo muy en cuenta no solo la preparación de las discusiones grupales, sino también el cuidado de los momentos informales. El encuentro no abre solamente la posibilidad de discutir temas o de hablar de las experiencias vividas, supone también compartir las comidas, los paseos, los viajes. No creemos que una experiencia así sea posible sin que se desarrollen ciertos vínculos personales entre los participantes. Ese conocimiento mutuo se prolonga más allá de las reuniones y, a su vez, lo hablado y lo compartido en el tiempo informal ayuda a relacionarse dentro de las sesiones de discusión. El establecimiento de relaciones humanas sinceras a lo largo de todo el pro-